

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

En la parábola que se proclama este domingo se contraponen dos actitudes bien conocidas. Hay quien piensa que es suficiente decirle a Dios que sí de palabra y después no cambiar la vida. Por el contrario, no falta quien responde con soberbia a la llamada del Señor, pero al final reflexiona y se convierte.

La parábola no sólo nos llama la atención sobre nuestro modo de proceder, en el que quizá nos sobran palabras y buenas intenciones pero fallamos a la hora de la verdad, sino que también nos enseña a leer la historia y a no desesperar de nadie, porque en cualquier momento la gracia puede transformarlo. Es un toque de atención para que no decaiga la esperanza ni perdamos la confianza en Dios.

Por otra parte, tenemos la comparación de Jesús, que hoy conserva la misma fuerza: «Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios».

En el cielo nos llevaremos muchas sorpresas. Es posible, incluso, que personas que nosotros ahora nos parecen alejadas de Jesús, se levanten para defender nuestra causa e intercedan por nosotros. Pero la razón no está en sus pecados, sino, como indica Jesús, en que cambiaron de vida. La predicación de Juan les conmovió, creyeron y se convirtieron. Porque hay una cosa muy importante que no debemos olvidar: que cuando Dios perdona, lo hace totalmente.

La justificación supone una regeneración absoluta: el nacimiento de un hombre nuevo. Cuando alguien se abre de verdad a Dios y se vuelve a Él de todo corazón, entonces su pasado queda por completo en manos de la misericordia divina.

San Pablo nos advierte también de los males que se siguen de una conducta arrogante para la comunidad. Por eso dice: «No obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás». Ante Dios somos mendigos que, cada día, han de recibir la limosna del cielo. En el padrenuestro pedimos el pan de cada día. Es una oración que fácilmente hacemos a diario, pero también puede suceder, y no sería extraño, que dejáramos de esperar ese pan que pedimos. Si eso pasa, entonces es que ya nos creemos justos y hemos olvidado la misericordia que nos sostiene cada día.

Por eso cada día hemos de orar para ser capaces de cumplir la voluntad de Dios, y no sólo de palabra, sino también con nuestras obras.

Con María, renovamos ahora y cada día nuestra respuesta a Dios, y también pedimos tomar conciencia de la gracia que se nos da en cada momento, para que sea posible que seamos fieles, como María, como los santos.